

La reinención de la infancia

Adela Iglesias

“Siempre seré como un niño para tantas cosas, pero uno de esos niños que desde el comienzo llevan consigo al adulto, de manera que cuando el monstruito llega verdaderamente a adulto ocurre que a su vez éste lleva consigo al niño, y *nel mezzo del camin* se da una coexistencia pocas veces pacífica de por lo menos dos aperturas al mundo.” Esta posibilidad de asumirse niño, aceptando la visión de la infancia como parte indispensable del universo del adulto que crea —del poeta, del cronopio o del criminal— es uno de los tantos descubrimientos que hace Julio Cortázar en su *Vuelta al día en ochenta mundos*. El regreso a la infancia y su recuperación desde un momento diferente implican una rebelión frente a los cánones sociales establecidos, que entienden la maduración como una renuncia a la visión pueril como precio de la vida adulta.

El hecho de hacerse grande parece estar irremediablemente vinculado a un proceso de adecuación y de sometimiento en el que queda poco —o ningún— espacio para jugar. El juego nos da la posibilidad de crear mundos diferentes, reinventando la realidad, en un intento de conjugar la experiencia interna con la del mundo exterior, mediante la construcción de un lugar único al que sólo tienen acceso el niño y el adulto que puede aññarse el alma y atreverse a transgredir las pautas establecidas. Atreverse a entrar al mundo del juego y disfrutar la liberación que la transgresión implica, significa volver a ser niño, percibiendo el mundo con los ojos de una fascinación que se sorprende y que es capaz de ver y sentir cosas a las que los adultos, en su proceso de maduración, deben renunciar si han de ser aceptados socialmente.

Es precisamente esta osadía, este atrevimiento, el que lleva a cabo Carmen Martín Gaité en su más reciente libro *Caperucita en Manhattan*, su primera obra de ficción después de doce años. En un tono muy diferente al de sus novelas y colecciones de cuentos anteriores, la autora hace ahora un viaje fascinante por el mundo de la fantasía, por el universo que nace de los ojos de los niños y de los adultos que se atreven a jugar. Tomando como punto de partida un clásico cuento de hadas, Carmen Martín Gaité reinventa la historia a su modo, situán-

dola en un escenario diferente, transformando los personajes por todos conocidos e incluyendo elementos nuevos nacidos de su imaginación libre. La recreación del tradicional cuento infantil trasciende sus propios límites para reinventar la realidad externa, concreta y limitante, dando cabida a las inquietudes y sueños que surgen del más profundo rincón del alma de esta adulta-niña que se olvida de convenciones.

La moderna caperucita es Sara Allen, una niña de diez años que vive en Brooklyn y cuya mayor ilusión es recorrer sola Manhattan, la isla en forma de jamón, asiento de toda maravilla imaginable. Sara se opone constantemente al perfecto y ordenado mundo de su madre, mujer típicamente adulta que parece haber perdido los ojos de la fantasía. Para poder sobrevivir con las limitaciones que el exterior le impone, la niña debe crear un mundo propio a partir de su espacio de juego del que surgen, entre otras cosas, las farfanías, una colección de palabras inventadas con un significado especial para Sara, que nos hacen recordar el glíglico con que la Maga de Cortázar jugaba en su universo personal. Por otro lado, la niña se identifica con su abuela, Gloria Star, una vieja cantante de *music-hall* que ha vivido a su manera, transgrediendo —o simplemente ignorando— los convencionalismos sociales. El hilo conductor que mueve a esta niña, y por supuesto a la autora del libro, es el anhelo de libertad. Este deseo está representado por la imponente estatua situada a la entrada de Manhattan, pero, además, esta historia tiene su contraparte en un personaje delicioso, miss Lunatic. Es ella una vieja mendiga que vive en la estatua de día y de noche vaga por la isla tratando de aminorar las innumerables desgracias que la pueblan tanto entre los pobres como entre los ricos: soledad, incompreensión, miedo. Miss Lunatic es un personaje mágico que goza del don de la intemporalidad y aparentemente también del de la ubicuidad. Situada en los límites entre lo real y lo irreal —suponiendo que tal diferenciación sea válida— miss Lunatic propicia el tan difícil encuentro de las personas consigo mismas, propiciando la entrada al infinito universo interno que a veces parece tan incompatible con el externo, y así muestra

el camino hacia la libertad. Es a través de ella que se enlaza también el lobo, indispensable personaje del cuento, que está representado por mister Woolf, el pastelero multimillonario que vive en un rascacielos en forma de tarta, rodeado de lujos y de soledad y obsesionado por la tarta de fresa. La relación entre todos los personajes adquiere, por supuesto, un matiz muy diferente que el del cuento original. La persecución y el miedo de la primera Caperucita se convierten en encuentros mágicos que permiten a los personajes encontrar el camino de la libertad a partir del universo interno. El proceso de la lectura implica también una reinención y una complicidad con el nuevo planteamiento. Como lectores nos convertimos en niños, fascinados y llenos de expectativas frente al desarrollo y desenlace de la historia y nos dejamos llevar por las alas tanto de la imaginación de la autora como de la nuestra, recreando la propia infancia.

Carmen Martín Gaité redescubre no sólo la historia que de niños a todos nos contaron, sino que también reinventa una realidad concreta representada por la polémica urbe de hierro quizá para poder sobrevivir su estancia en ella. Crea así un lugar nuevo donde se mezclan la personalidad de la metrópoli norteamericana con una serie de personas de espíritu latino, que podríamos encontrar más bien en Madrid —por su forma de hablar y el idioma que usan, castellano no inglés, y por la manera de relacionarse entre sí. La creatividad de la autora logra una combinación de elementos, aparentemente incompatibles, creando un universo nuevo surgido de una percepción particular de una ciudad tan sorprendente, que ya tiempo atrás había dejado profunda huella en el poeta granadino que tuvo que encontrar su propia manera de sobrevivir. Carmen Martín Gaité entreteje también mágicamente los deseos que desde la infancia se van tamizando al universo del adulto que, de una u otra manera, tiene que enfrentarlos. El juego literario está complementado, como lo hacíamos de niños, por una serie de dibujos con los que la propia autora ilustró la aventura de la nueva Caperucita, su propia aventura y, por qué no, la que emprendemos nosotros en esta visita a Manhattan que con un “happy end, pero sin cerrar” deja abierta la puerta que lleva a la libertad, en forma de un nuevo libro para niños que reinventan su infancia desde la adultez. ♦

Carmen Martín Gaité, *Caperucita en Manhattan*, Madrid, Ediciones Siruela, 1990, 205 pp. (Colección Las Tres Edades).